

Amaral, Samuel

Working Paper

La cuestión nacional en el "Manifiesto del Partido Comunista" de 1848

Serie Documentos de Trabajo, No. 335

Provided in Cooperation with:

University of CEMA, Buenos Aires

Suggested Citation: Amaral, Samuel (2006) : La cuestión nacional en el "Manifiesto del Partido Comunista" de 1848, Serie Documentos de Trabajo, No. 335, Universidad del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (UCEMA), Buenos Aires

This Version is available at:

<https://hdl.handle.net/10419/84306>

Standard-Nutzungsbedingungen:

Die Dokumente auf EconStor dürfen zu eigenen wissenschaftlichen Zwecken und zum Privatgebrauch gespeichert und kopiert werden.

Sie dürfen die Dokumente nicht für öffentliche oder kommerzielle Zwecke vervielfältigen, öffentlich ausstellen, öffentlich zugänglich machen, vertreiben oder anderweitig nutzen.

Sofern die Verfasser die Dokumente unter Open-Content-Lizenzen (insbesondere CC-Lizenzen) zur Verfügung gestellt haben sollten, gelten abweichend von diesen Nutzungsbedingungen die in der dort genannten Lizenz gewährten Nutzungsrechte.

Terms of use:

Documents in EconStor may be saved and copied for your personal and scholarly purposes.

You are not to copy documents for public or commercial purposes, to exhibit the documents publicly, to make them publicly available on the internet, or to distribute or otherwise use the documents in public.

If the documents have been made available under an Open Content Licence (especially Creative Commons Licences), you may exercise further usage rights as specified in the indicated licence.

La cuestión nacional en el “Manifiesto del Partido Comunista” de 1848

Samuel Amaral(*)

En el Manifiesto del Partido Comunista de 1848, Marx y Engels expusieron de manera contundente sus ideas respecto de la evolución de la sociedad en el pasado, en ese presente y hacia el futuro. El motor de la evolución era para ellos la lucha de clases, especialmente la del proletariado con la burguesía, que concluiría con el triunfo del primero y el fin de las clases sociales. Pero, ¿dónde y cómo se iniciaría ese proceso? ¿Se daría en todos los países industrializados al mismo tiempo? ¿Qué pasaría con los países que aun no se habían industrializado? Los autores no dan respuesta a estas preguntas. La ausencia de la dimensión territorial en ese texto es una muestra de las dificultades del marxismo para pasar del plano de las categorías al plano de la realidad.

Universidad del CEMA
Buenos Aires, Argentina
Diciembre 2006

(*) Las opiniones expresadas en este trabajo son las del autor y no necesariamente reflejan las de la Universidad del CEMA.

Un espectro estaba asolando Europa: el espectro del comunismo. Así se abre el Manifiesto del Partido Comunista. “Todas las potencias de la vieja Europa”, continúa, “han entrado en una santa alianza para exorcizar a este espectro...”¹ Esas primeras líneas del más poderoso llamado internacionalista lo sitúan, por lo tanto en un territorio delimitado. No es en América, ni en Asia, ni en África, ni en Oceanía que ello ocurre: solamente en Europa. Entonces hay que preguntar: ¿qué pasaba en el resto del mundo? ¿Es que no había potencias que exorcizaran el espectro o que éste no existía aún? Y si no existía, ¿cuando surgiría más allá de los límites de Europa? Estas preguntas plantean uno de los problemas centrales que encontraron los marxistas en el desarrollo de su práctica política: la cuestión nacional. El problema se le presentó no solamente a los marxistas del resto del mundo sino a los de la misma Europa, ya que las realidades nacionales dentro de ella ofrecían suficiente diversidad como para generar dudas y debates acerca de la manera de organizarse para la acción política y de las tareas a desarrollar. La historia misma de las expresiones políticas del marxismo muestran la dificultad para resolver ese problema: la I Internacional fue un organismo transnacional de trabajadores; la II, una federación de partidos socialistas nacionales; y la III, el partido de la revolución mundial.

Las vías para examinar el problema que la cuestión nacional presentó al marxismo son múltiples y seguramente inagotables. ¿Por qué limitar la exploración al Manifiesto? Por supuesto que no fue ese el único lugar en el que Marx se ocupó del tema, aun cuando no esté presente allí sino por omisión. La elección se debe a que hay dos maneras de tratar la cuestión nacional en

¹ Marx y Engels (1992), 2. Las ediciones corrientes del Manifiesto son muchas. Hemos elegido una de ellas, la de David McClellan, pero también podrían haber sido usadas las de Eric Hobsbawm o la de Terrell Carver. Las

Marx: por un lado, prestando atención a las diferentes líneas de evolución de su pensamiento, analizando sus diferentes contribuciones en cada una de ellas; por otro, prestando atención a qué dijo en sus obras de mayor divulgación y a cómo fue interpretado su pensamiento por los más destacados marxistas después de su muerte. La primera aproximación se justificaría para dilucidar qué fue lo que Marx realmente dijo sobre la cuestión nacional y ésta es la que debe adoptarse si el interés se centra en Marx mismo. La segunda aproximación se justifica mejor si se quiere averiguar cómo reaccionaron los marxistas ante la cuestión nacional cuando ésta se les presentó como un problema teórico y organizativo y qué respuestas encontraron en Marx. La preferencia por esta segunda aproximación da cuenta parcialmente de la elección del Manifiesto para el estudio de la cuestión nacional. Pero hay otras razones.

La evolución del pensamiento de Marx sobre la cuestión nacional reconoce tres líneas de análisis, que no se sucedieron claramente una a otra, por lo que identificarlas como períodos precisos tiende a ocultar las fluctuaciones y las dudas en esa evolución.² Como la obra de Marx no fue conocida toda al mismo tiempo ni tuvo toda ella la misma influencia es necesario diferenciar etapas en el estudio de la cuestión nacional, que de alguna manera se corresponden con la evolución del pensamiento de Marx sobre la cuestión nacional. Así la primera línea del pensamiento de Marx, la del Manifiesto, con su énfasis en la universalidad del proceso histórico, prevaleció hasta la aparición del tema en las discusiones de la II Internacional a mediados de la década de 1890. La segunda línea del pensamiento de Marx, en la que aparece alguna diferenciación nacional y la posibilidad de que la revolución tome un camino diferente al señalado en el Manifiesto, ejemplificada por el prólogo a la edición rusa de 1882, influyó

diferencias mayores se encuentran en los textos introductorios y complementarios, más que en el del Manifiesto mismo, que no fue tocado por los autores en las ediciones siguientes a la original de 1848.

² Bloom (1941) y (1975); Marmora (1986); Haupt, Lowy y Weil (1997).

especialmente en Lenin y en Stalin, aun cuando con la consolidación del “marxismo-leninismo” a partir de mediados de la década de 1920 hubo un retorno, sobre las bases echadas por Lenin en “El imperialismo, etapa superior del capitalismo”, a las posiciones más rígidas de la primera etapa de Marx. La tercera línea del pensamiento de Marx, que es la de su examen de las cuestiones nacionales de Irlanda y de Rusia, se abrió paso después de la segunda guerra mundial con el surgimiento de los movimientos de liberación nacional en África y en Asia y culminó con la pérdida del monopolio del movimiento comunista por la Unión Soviética al estallar el conflicto con China en 1960. Sólo en esta última etapa comenzó a prestarse atención a los escritos de la tercera línea del pensamiento de Marx sobre la cuestión nacional. No bastaba con que hubiesen sido publicados, sino que fue necesario que se produjesen las condiciones políticas en que esas posiciones, que contradecían la rigidez de la primera etapa, podían ser comprendidas.

El examen de la evolución del pensamiento de Marx sobre la cuestión nacional es una tarea principalmente académica, destinada a precisar la dimensión de un legado intelectual. El examen de las obras de Marx que los marxistas leyeron y bajo cuya influencia actuaron es una vía más adecuada para efectuar un balance de su legado político. El estudio del Manifiesto permite establecer un aspecto crucial de este legado, ya que se trata de un escrito aun leído, cuya influencia no ha cesado. La cuestión nacional no es el único concepto que requiere examen en Marx pero, sin duda, su estudio ofrece una perspectiva necesaria para comprender la evolución de los partidos, regímenes y movimientos inspirados en él desde fines del siglo XIX hasta fines del siglo XX.

Las líneas que siguen apuntan a desentrañar el significado de la cuestión nacional en el Manifiesto del Partido Comunista de 1848.³ Nuestra exposición se divide en dos secciones que siguen el orden de presentación de los argumentos en el Manifiesto: en primer lugar se considera cuanto Marx y Engels dicen acerca de la burguesía y luego acerca del proletariado y en uno y otro caso se formulan preguntas que apuntan a situarlos en el marco territorial implícito o explícito y a señalar las inconsistencias u omisiones entre aquellas categorías y esta realidad. Aquí limitamos el análisis al aspecto territorial de la cuestión nacional. La consideración de los otros aspectos que entran en cualquiera de las definiciones de la nación, la de Stalin, por ejemplo, requeriría sin duda hacer otras lecturas del Manifiesto. Nuestras principales preguntas aquí son: ¿dónde sucede lo que Marx dice en el Manifiesto? ¿qué sucede en otras partes?

Burguesía y nación

“La historia de toda sociedad hasta ahora existente es la historia de la lucha de clases”:⁴ tal es la tajante afirmación que abre la primera sección del Manifiesto, titulada “burgueses y proletarios”. Ella plantea el problema nacional desde una perspectiva diferente a la presentada en la introducción. Ya no se trata sólo de Europa, sino del mundo, “toda sociedad”. Pero esa afirmación sólo parece tener un carácter retórico, puesto que enseguida retorna a Europa, a su particular historia: Roma, la Edad Media. Marx y Engels generalizan a partir de cuanto es peculiar de Europa: la sociedad burguesa moderna, dice, ha surgido de las ruinas de la sociedad feudal.⁵ Así, “nuestra época es la época de la burguesía”, y en ella se han simplificado los

³ Un examen detallado del concepto de nación en los escritos tempranos de Marx y Engels, en Talmon (1981), 21-66.

⁴ Marx y Engels (1992), 3.

⁵ Aunque el Manifiesto es de Marx y Engels, para abreviar nos referiremos en lo sucesivo a Marx.

antagonismos: las dos clases que se enfrentan son la burguesía y el proletariado. Pero, cabe preguntar, dónde se enfrentan esas clases: ¿en Europa?, ¿en todo el mundo?

La respuesta de Marx es: en Europa. El resto del mundo cuenta sólo en la medida en que cuenta para Europa: “el descubrimiento de América, el doblamiento del Cabo abrieron un nuevo terreno para la burguesía emergente”. La burguesía emergente es la burguesía europea. Los mercados de las Indias orientales y chino, la colonización de América, y el comercio con las colonias dieron al comercio, a la navegación, y a la industria un impulso antes desconocido, y consecuentemente dieron “un rápido desarrollo al elemento revolucionario en la decadente sociedad feudal”... europea.

No hay trazas, hasta aquí, de que el descubrimiento de América pueda haber sido importante para América misma, o el doblamiento del Cabo para África o el comercio con China y las Indias orientales lo haya sido para esas regiones. “La industria en gran escala ha establecido el mercado mundial, para el que el descubrimiento de América allanó el camino. Este mercado ha dado un inmenso desarrollo al comercio, a la navegación, y a la comunicación por tierra. Este desarrollo, a su turno, ha reaccionado sobre la extensión de la industria; y a medida que la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles se extendían, en la misma medida la burguesía se desarrollaba, incrementaba su capital y empujaba hacia atrás a cada clase heredada de la Edad Media”. La moderna burguesía, por lo tanto, “es el producto de un largo desarrollo, de una serie de revoluciones en los modos de producción y de intercambio”.⁶ Es decir, del largo proceso de desarrollo de Europa.

Antes de seguir es necesaria una digresión. Aun cuando desde la década de 1960, por lo menos, se ha subrayado el supuesto etnocentrismo de Marx, no es esto lo que aquí se discute. Es

⁶ Ibid., 4.

posible que Marx, como europeo, haya sido víctima de tal enfermedad, pero con o sin ella el problema que presenta el descenso del mundo de las categorías al mundo real parece más interesante a la hora de explicar la evolución política del legado de Marx que las opiniones subyacentes en su análisis. Es decir, el problema que interesa aquí no es el mayor o menor etnocentrismo, sino la materialización de sus afirmaciones en el mundo real, en la experiencia histórica. “Marx jamás separó lo económico y lo sociológico de lo político, ni estos tres de lo histórico, que los envuelve”, dice Henri Lefebvre, pero tampoco él explica cómo estableció las relaciones entre esas dimensiones del análisis social ni cuánto éxito tuvo al hacerlo.⁷ Esta contradicción entre un análisis que se reclama histórico pero que se resiste a abandonar el perfecto funcionamiento de las categorías en un plano siempre abstracto somete su esquema interpretativo a una prueba más dura que la de sus opiniones o prejuicios. Dicho esto, regresemos a cuanto Marx dice de la burguesía... europea.

La burguesía, para Marx, había dado origen a un sistema político que había acompañado cada paso de su desarrollo. “El ejecutivo del Estado moderno no es sino un comité para la administración de los asuntos comunes de toda la burguesía”.⁸ El estado moderno no es otro que el estado nacional europeo, que surge por “la necesidad de un mercado en constante expansión para sus productos lleva a la burguesía a toda la superficie del globo”.⁹ Esa burguesía era la burguesía europea y ella era la que se extendía por todo el globo. Cabe preguntarse si se extendía por sí misma o a través de la adopción de su forma por burguesías nativas. Es decir: ¿se expandía la burguesía europea o accedían a la condición burguesa sectores de las regiones no europeas?

⁷ Lefebvre (1965), 31.

⁸ Ibid., 5.

⁹ Ibid., 6.

“La burguesía ha dado mediante su explotación del mercado mundial un carácter cosmopolita a la producción y al consumo en cada país”.¹⁰ Esta afirmación no aclara la pregunta anterior. ¿Es la burguesía europea o la burguesía como sector social la que domina el mercado mundial? Si lo segundo, ¿cómo se compone ese sector social en cada país? ¿cómo se relacionan los diferentes componentes nacionales de esa categoría? Estas preguntas podrían resultar irrelevantes si Marx viera al mundo como una sola unidad indiferenciada. Pero, por el contrario, veía diferencias: “Todas las viejas industrias nacionales han sido destruidas... son desplazadas por nuevas industrias, cuya introducción se ha convertido en una cuestión de vida o muerte para todas las naciones civilizadas, por industrias que no usan ya materias primas indígenas sino materias primas traídas de las más remotas regiones; industrias cuyos productos son consumidos no sólo domésticamente, sino en cada región del globo”.¹¹ Tenemos así “naciones civilizadas”, “las más remotas regiones”, y “cada región del globo” (y más abajo hay otras categorías nacionales que surgen del Manifiesto). No parece, a partir de esta afirmación, que el proceso de expansión de la burguesía tuviese las mismas consecuencias en todas partes, pero sin embargo Marx no establece diferenciación alguna en ese proceso.

El proceso de expansión de la burguesía, por el contrario, contribuía, para Marx, a erosionar las características peculiares de cada nación para integrarlas en una homogeneidad universal: “El viejo aislamiento y autosuficiencia han sido reemplazados por la universal interdependencia de las naciones, tanto en la producción material como en la intelectual. Las creaciones intelectuales de naciones individuales se convierten en propiedad común. La parcialidad y la estrechez mental nacional son cada vez más imposibles, y de las numerosas

¹⁰ Ibid.

¹¹ Ibid.

literaturas nacionales y locales, surge una literatura mundial”.¹² La fuerza de estas frases oculta el problema práctico que presenta semejante expansión burguesa. Del dominio comercial ha saltado al intelectual y al literario; del intercambio de bienes materias primas y manufacturas ha pasado al de bienes inmateriales que lejos de diferenciarse tienden de homogeneizarse. Esa universalización de los bienes inmateriales, ¿produciría también una homogeneización de la organización política y aun de la literatura? La respuesta parece ser positiva, y en tal caso hay que preguntar, nuevamente, cómo se produciría ese proceso y a qué ritmo. Es decir, el triunfo de la burguesía ¿se produciría en todas partes al mismo tiempo y del mismo modo, tanto en las “naciones civilizadas” como en “las más remotas regiones”?

La expansión de la dominación de la burguesía se produciría, dice Marx, por la del sistema de producción burgués. “La burguesía, por la rápida mejora de los instrumentos de producción, por los medios de comunicación inmensamente facilitados, trae a todas las naciones, aun las más bárbaras, a la civilización”. Es, en esta frase, claramente, la burguesía europea quien llevaría la civilización a las naciones más bárbaras, ya que resulta impensable que de tal barbarie surgiera una burguesía. “Todas las naciones se verían compelidas a adoptar el modo de producción burgués so pena de extinción”.¹³ La extinción de una nación implicaría entonces no la absorción colonial sino lisa y llanamente la muerte de sus habitantes, a menos que creamos que se trata sólo de pérdida de sus rasgos de identidad, una dimensión tan alejada del análisis de Marx en el Manifiesto cuando de nuestro análisis de este texto. Pero si la nación no se extinguía, ¿cómo se produciría esa adopción del modo de producción burgués? ¿Era posible que todas las naciones reprodujesen, exactamente de la misma manera, el proceso sufrido por Europa? ¿No tenía ese proceso ninguna característica singular que lo diferenciase del de las naciones más

¹² Ibid., 6-7.

bárbaras? ¿Por qué se había dado en Europa ese primer triunfo del modo de producción burgués? ¿Estaban dadas todas las condiciones en las naciones bárbaras para la adopción de ese modo de producción? En tal caso, ¿cómo se produciría su adopción? ¿Mediante la acción de sectores nativos o mediante la imposición sobre ellos de la burguesía europea? La falta de sincronía de ese proceso, ¿era neutral respecto de la posibilidad de que se completara fuera de Europa? (Marx aceptó, en la “Introducción general a la crítica de la economía política”, que el desarrollo era desigual, pero para llegar a las consecuencias de ello hay que esperar al “desarrollo desigual y combinado” de Trosky y al “imperialismo” de Lenin).

El Manifiesto responde mal a pocos de estos interrogantes: así como la burguesía había sujetado el campo a la ciudad, de la misma manera había hecho a los países bárbaros y semibárbaros dependientes de los civilizados, a las naciones de campesinos dependientes de las naciones de burgueses, al Este dependiente del Oeste.¹⁴ Entonces, ese proceso de expansión burguesa implica dominación más que homogeneización. ¿Cuáles son entonces las naciones que dominan y cuáles las dominadas? ¿Quedaría esa relación de dominación inmutable o había algún proceso por el cuál alguna nación bárbara pudiese adquirir los rasgos de la civilización? ¿Era ese un proceso que llevaba a la consolidación de la dominación de la burguesía occidental, europea, sobre un mundo que quedaría sometido para siempre? O, por el contrario, ¿las luces de Occidente permitirían a los bárbaros dejar de serlo algún día, como parecía implicar la afirmación acerca de la homogeneización de los bienes inmateriales? Las respuestas que se encuentran en Marx apuntan hacia una lenta expansión de la dominación de la burguesía surgida en Europa occidental, y sobre esta base construyó Lenin su explicación en “El imperialismo...”

¹³ Ibid., 7.

¹⁴ Ibid.

ante la evidencia, medio siglo después del Manifiesto, de los resultados de la expansión de la burguesía europea.

La expansión de la burguesía se daba, para Marx, por un proceso de centralización política “como consecuencia de la centralización de los medios de producción y de la concentración de la propiedad en pocas manos. Provincias independientes o laxamente interconectadas son agrupadas en una nación, con un gobierno, un código de leyes, un interés de clase nacional, una frontera y una tarifa aduanera”.¹⁵ Nuevamente, ¿cómo se produciría este proceso? ¿Se extendería algún día a las naciones bárbaras? ¿Serían ellas absorbidas en una gran nación por las naciones civilizadas de Europa? ¿Habría algún día una sola gran nación burguesa como prolegómeno de una sola gran nación proletaria?

La descripción del proceso por el cual la burguesía triunfó en Europa no parece augurar un destino similar a los pueblos no europeos, bárbaros, incivilizados. En sus cien años de dominio, dice Marx, la burguesía había creado fuerzas productivas más masivas y más colosales que todas las generaciones precedentes juntas. Pero los medios de producción y de intercambio sobre cuyos fundamentos se había construido a sí misma la burguesía habían sido generados en la sociedad feudal. Ausente esta sucesión feudalidad-burguesía, ¿cabía esperar resultados similares a los de Europa en tierras distantes? La respuesta en este caso parece ser negativa, ya que el tránsito del dominio feudal al burgués se había dado como consecuencia de que en cierto estadio del desarrollo de los medios de producción, las relaciones de propiedad feudales ya no fueron compatibles con el desarrollo de las fuerzas productivas. Al transformarse en un obstáculo habían sido eliminadas y en su lugar aparecieron nuevas formas de propiedad: la libre competencia,

¹⁵ Ibid.

acompañada por una constitución social y política adaptada a ella, y por la influencia política y económica de la clase burguesa.

Entonces, si el triunfo de la burguesía en Europa se debía a un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas que se había dado en Europa, ¿cómo se produciría el triunfo de la burguesía en todo el mundo? ¿Cómo se produciría su expansión? ¿Sería la expansión de la burguesía europea o el surgimiento del modo de producción burgués por un proceso similar al de Europa en las naciones bárbaras? Nada en el Manifiesto apunta en la segunda dirección.

Sin haber despejado estos interrogantes respecto de la expansión mundial de la burguesía, el Manifiesto dice que ha llegado otra crisis, en la que las armas con que la burguesía derribó a feudalismo se tornaron en contra de ella. La burguesía no solamente forjó las armas que la llevarían a la muerte sino que también creó a los hombres que empuñarían esas armas: los modernos trabajadores, los proletarios.¹⁶ ¿Cómo y dónde se produciría el desplazamiento de la burguesía por el proletariado?

Proletariado y nación

El trabajo industrial moderno, la moderna sujeción al capital, la misma según Marx en Inglaterra que en Francia, en América (Estados Unidos) que en Alemania, ha desposeído al proletariado de cualquier rastro de un carácter nacional.¹⁷ Está claro entonces que el proceso de internacionalización del proletariado se produce, para Marx, donde hay un proletariado industrial moderno. No se aplica a otros trabajadores de esas mismas naciones, ni por supuesto a los trabajadores no industriales de las naciones no occidentales.

¹⁶ Ibid., 8 y ss.

¹⁷ Ibid., 14.

Aunque no en sustancia, pero sí en la forma, dice Marx críticamente, la lucha del proletariado con la burguesía es al principio una lucha nacional (como si la forma y la sustancia de una lucha pudiesen diferenciarse fácilmente en el fragor de la acción). El proletariado de cada país debe, para él, por supuesto, antes que nada arreglar sus cuentas con su propia burguesía. La inevitable victoria del proletariado anunciada al final de la primera sección del Manifiesto se transforma así en la victoria del proletariado inglés, francés, alemán y norteamericano sobre la burguesía inglesa, francesa, alemana y norteamericana. El Manifiesto no explicita cómo se daría el triunfo del proletariado en el resto del mundo, teniendo en cuenta que en las naciones bárbaras ni siquiera existía proletariado y que ni siquiera sabemos, porque tampoco lo dice, como se produciría en ellas el previo y necesario triunfo de la burguesía.

Las respuestas de Marx a los reproches formulados a los comunistas, en la segunda sección del manifiesto, plantean la cuestión nacional nuevamente, desde otra perspectiva. “Los comunistas son también acusados de desear abolir países y nacionalidad”.¹⁸ La contestación de Marx es que los trabajadores no tienen patria y, por lo tanto, no se les puede quitar lo que no tienen. Puesto que el proletariado “debe ante todo adquirir el control político, debe elevarse a ser la clase de la nación, debe constituir la nación misma, es aún nacionalista, aunque no en el sentido burgués de la palabra”. El proletariado es uno solo: no hay un proletariado nacional, pero debe actuar sin embargo dentro de un ámbito nacional, en el que debe asumir el control político. Este proceso ¿de qué manera se daría? ¿paso a paso, país por país, o sería necesaria una homogeneización previa de las condiciones sociales en todo el mundo? El Manifiesto se inclina por la segunda opción: “las diferencias nacionales y antagonismos entre pueblos están desapareciendo más y más cada día, debido al desarrollo de la burguesía, a la libertad de

¹⁸ Ibid., 23-24.

comercio, al mercado mundial, a la uniformidad en el modo de producción y en las condiciones de vida correspondientes. La supremacía del proletariado hará que desaparezcan más rápido. La acción unida, de los principales países civilizados al menos, es una de las primeras condiciones para la emancipación del proletariado”.¹⁹ Esta última frase aclara el sentido de las afirmaciones anteriores: Marx se estaba refiriendo a los países civilizados. Pero, nuevamente, ¿qué queda para los otros? ¿Repetir el camino de los países civilizados o someterse a su dominación? No tenemos ningún indicio en el Manifiesto acerca de cuál es el mecanismo previsto por Marx.

El destino, sin embargo, es ineludible: “en la medida en que la explotación de un individuo por otro llegue a su fin, la explotación de una nación por otra también terminará. A medida que el antagonismo entre clases dentro de la nación desaparezca, la hostilidad de una nación hacia otra terminará”.²⁰ Esto sin embargo no pasa de ser una afirmación infundada que el autor no se preocupa por justificar: Marx pasa así del análisis a la predicción. ¿Pensaba realmente que el triunfo del proletariado en un país de Europa pondría fin a la dominación colonial? ¿Pensaba que el triunfo del proletariado en un país europeo eliminaría toda diferencia y, por consiguiente, todo motivo de hostilidad entre los países europeos? Los socialistas de la II Internacional lo interpretaron así y vivieron, hasta las vísperas de la primera guerra mundial, con esa ilusión.

El programa de la revolución proletaria después de la toma del poder, que cierra la segunda sección, muestra que aunque las medidas serían diferentes en cada país, un programa de diez puntos era aplicable a los países más avanzados.²¹ Nuevamente Marx deja en el aire el destino de los países no incluidos en tal categoría. Pero en aquellos en los que sí había un

¹⁹ Ibid., 23.

²⁰ Ibid., 23-24.

²¹ Ibid., 25-26.

proletariado industrial, ¿como y quiénes expresaban sus intereses? En la breve sección final del Manifiesto, Marx enumera los partidos o fuerzas sociales que los comunistas apoyaban en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Suiza, Polonia y Alemania.²² Solo menciona esos seis países, pero aclara que los comunistas apoyaban en todas partes a todos los movimientos revolucionarios contra el orden social y político existente. Sin importar el grado de desarrollo en todos esos movimientos, los comunistas ponían por delante la cuestión de la propiedad. ¿Podía, entonces, cualquier movimiento revolucionario saltar las etapas de desarrollo que en la primera sección del Manifiesto habían sido delineadas para Europa occidental? Los marxistas de la II Internacional dieron una respuesta negativa a esta pregunta. Ella desveló tempranamente a los marxistas rusos, pero Marx no alcanzó a darles una respuesta más terminante que la del prefacio a la edición rusa del Manifiesto de 1882 (algo más sobre este prefacio en la conclusión). Ni siquiera Lenin estuvo dispuesto a pensar que era posible una respuesta distinta hasta las vísperas mismas de la Revolución de Octubre, y aun tras ella sus dudas no se disiparon completamente

La brevedad de la cuarta sección del Manifiesto, señala McLellan, se debe a la dificultad que Marx tenía para cumplir con los plazos y al reclamo de sus comitentes, la Liga Comunista de Londres, de que enviara perentoriamente el manifiesto cuya redacción se le había encargado.²³ A ese apuro por remitirlo se debe seguramente la novedad introducida en la sección IV, respecto de lo expresado al comienzo de la sección II, acerca de la tarea de los comunistas. En ésta, su misión no era apoyar a cualquier movimiento revolucionario que se opusiese al orden establecido sino, en primer lugar, “en las luchas nacionales de los proletarios de los diferentes países, señalar los intereses comunes de todo el proletariado, independientemente de toda nacionalidad;” y, en segundo lugar, “en los varios estadios de desarrollo que la lucha de la clase trabajadora contra la

²² Ibid., 38-39.

burguesía tiene que pasar, ellos siempre y en todas partes representan los intereses del movimiento como un todo”.²⁴ La diferencia entre una y otra tarea no era menor, ya que una enfatizaba la autonomía de clase y el internacionalismo proletario y la otra podía llevar a una política de alianzas con otras clases dentro de un país.

El final del Manifiesto es el más potente llamado internacionalista jamás realizado: “¡Trabajadores de todos los países, uníos!”²⁵ Esta frase resume todos los problemas que se han presentado en el esquema analítico de Marx desde la perspectiva de la cuestión nacional: ¿Cómo habrían de unirse? ¿En un sindicato único mundial? ¿En un partido comunista mundial? ¿En sindicatos o partidos nacionales que luego se unirían con sus similares de otros países? ¿Bastaba la condición proletaria para borrar las diferencias de lengua, cultura y costumbres? ¿Estaban incluidos entre esos “trabajadores” los de los países coloniales? Todas estas preguntas quedaban abiertas a la interpretación de los lectores del Manifiesto.

La primera respuesta, en vida de Marx, fue la fracasada Asociación Internacional de Trabajadores, la I Internacional, creada en 1866, pero cuya actividad decayó por la derrota de la Comuna de París cinco años después, hasta desaparecer muy pronto en su exilio norteamericano. Otra respuesta, menos efímera fue la II Internacional, que existió entre 1889 y 1914. Pero ella no era ya un organismo transnacional que agrupaba a asociaciones de trabajadores (y algunos intelectuales amigos, como Marx mismo) sino una federación de partidos socialistas nacionales, informalmente liderada por socialdemocracia alemana. El sueño internacionalista en ella no había muerto, pero la movilización general lo diluyó en agosto de 1914. Los proletarios europeos, aquellos que debían dar nacimiento a la sociedad futura, se mataron los unos a los

²³ McLellan (1992), xii.

²⁴ Marx y Engels (1992), 17.

²⁵ Ibid., 39.

otros durante más de cuatro años en nombre de la nacionalidad, de la unión sagrada, y no por los supuestos principios internacionalistas que Marx les había atribuido. El mismo sueño fue revivido en 1919 con la fundación de la III Internacional, pero muy pronto, aun en vida de Lenin, sucumbió ante las urgencias de la construcción del socialismo en Rusia.²⁶

Conclusión

El Manifiesto, señala McLellan, pasó prácticamente desapercibido. Marx volvió a Alemania en 1848 y la Liga Comunista se disolvió. Aunque se reconstituyó en 1850, dos años después volvió a disolverse, definitivamente, por sugerencia de Marx. En 1872, tras la Comuna de París, se publicó nuevamente el original alemán.²⁷ En una introducción escrita para la nueva edición, casi un cuarto de siglo posterior a la primera, Marx y Engels insisten en sus principios generales, aunque admiten que el programa de diez puntos debería ser expresado de modo diferente, que no detallan.²⁸ En esa nueva introducción dan cuenta de las ediciones publicadas desde 1848: a la edición en las lenguas originales debía agregarse una en polaco y otra en ruso, pero ninguna en castellano. Las autocríticas se centran en una concepción simplista del estado, cuya maquinaria, tal como la Comuna había probado, no podía ser simplemente tomada y usada para sus propósitos por el proletariado, y en la antigüedad del análisis sobre las fuerzas que debían apoyar los comunistas en cada país efectuado en la sección IV. No tienen nada que agregar a esa sección, sin embargo, no ya en términos de nombres de partidos que los comunistas debieran apoyar sino en cuanto a la acción política que éstos debían desarrollar. Como el

²⁶ Caballero (1987), 43-44.

²⁷ McLellan (1992), xvi.

²⁸ Marx y Engels (1992), 40-41.

Manifiesto se había convertido en un documento histórico, dicen, no creían tener derecho de alterarlo.

La primera edición rusa del Manifiesto había sido publicada en la década de 1860 por Bakunin, y por entonces esa traducción, dicen Marx y Engels en el prefacio a la nueva edición en ruso de 1882, sólo era una curiosidad literaria.²⁹ En este prefacio señalan el escaso desarrollo del movimiento comunista en 1848. Rusia y Estados Unidos, dicen, eran “pilares del orden existente europeo” en 1848, pero esas condiciones habían cambiado en 1882. En Estados Unidos, en el lapso transcurrido, había surgido una masa proletaria; en Rusia, el zar había pasado de ser el pilar de la reacción a un prisionero de guerra de la revolución. Rusia era la vanguardia de la acción revolucionaria en Europa. ¿Cómo podía suceder eso en Rusia, a pesar de la ausencia de un proletariado industrial? En Rusia, junto al capitalismo incipiente y a la propiedad territorial burguesa, existía la propiedad común de la tierra por los campesinos. Marx y Engels se preguntaban si de esa forma comunitaria de propiedad territorial, todavía de características medievales, se podía pasar directamente “a la más alta forma de propiedad común comunista”. O, por el contrario, continuaban preguntándose, ¿debía pasar primero por el mismo proceso de disolución como lo señalaba la evolución histórica de Occidente? A estas preguntas respondían que “si la Revolución Rusa se convertía en la señal de una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas puedan complementarse, el antiguo sistema ruso de tenencia común de la tierra podría servir como el punto de partida para un desarrollo comunista”. Sin abandonar la idea de la centralidad de la revolución proletaria, ni la de que ésta se produciría como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas, Marx y Engels hacían, de una manera imprecisa, un agregado condicional a su teoría de la revolución y extendían el análisis de la transición a un país

²⁹ Ibid., 42-43.

que no había completado su desarrollo burgués. El motivo de la complementariedad de la revolución rusa y la revolución en Occidente queda, sin embargo, inexplorado. Como Marx murió en 1883, las siguientes ediciones del Manifiesto fueron prologadas por Engels solamente, quien reconoció en el prefacio a la edición alemana de ese mismo año que las ideas centrales le pertenecían exclusivamente a Marx. Las preguntas quedaron sin respuesta.

O, mejor dicho, sin otra respuesta que la que podían encontrar los lectores de *El Capital* en su introducción: “los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir”.³⁰ El proceso de desarrollo de las fuerzas productivas se daría de la misma manera dentro de las fronteras de cada país, reproduciendo las relaciones de producción que se habían generado en los más avanzados. El desarrollo de un país no tenía, desde esa perspectiva, ninguna influencia en el desarrollo de otros, ni los procesos sociales que acompañaban a esos procesos de desarrollo, tales como el ascenso de la burguesía o la revolución proletaria, se diferenciarían uno de otro. Esta visión del proceso de desarrollo económico y social como un fenómeno que ocurriría siempre igual dentro de fronteras nacionales, a pesar de los distintos contenidos geográficos, históricos y culturales que ellas encerraban, tuvo, sin duda, una poderosa influencia en el pensamiento y la acción de los marxistas.³¹

El dilema que la cuestión nacional le planteó al marxismo no quedó resuelto por las sutilezas teóricas (a pesar de los muchos esfuerzos realizados por los epígonos de Marx para comprender distintas realidades con un instrumento de análisis, la lucha de clases, que no reconocía su especificidad), sino por el curso de la historia. La actitud de los obreros, de los

³⁰ Marx (1971), xiv.

³¹ Acerca de los problemas planteados por la cuestión nacional al análisis clasista de Marx y Engels, cf. Connor (1984), 5-27.

sindicatos y de los partidos socialistas europeos frente a la Primera Guerra Mundial; la construcción del socialismo en un solo país; el surgimiento de los movimientos de liberación nacional entre la posguerra y la década de 1970; y finalmente la caída de la Unión Soviética son apenas algunas de las principales manifestaciones de ese dilema. El marxismo no ha sucumbido como esquema de análisis, pero la dificultad de sus teóricos, desde su fundador en adelante, para bajar del plano abstracto de los universales al plano concreto de la historia, como lo subrayan las preguntas formuladas en este estudio, muestra que su fracaso tanto en el plano teórico (de su capacidad explicativa) como de la práctica (de su capacidad de orientar la acción política) se debe a imprecisiones y simplificaciones que se encontraban en su mismo origen. Y esto sin entrar en la crítica de la principal categoría de análisis, el concepto de clase, que plantea problemas no menos serios cuyo rastreo también puede comenzar por el Manifiesto: ¿cómo se transforman las categorías de análisis en actores políticos? En ese misterio ha residido la magia del marxismo.

Referencias

Bloom, Salomon F. *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*. Trad. Roberto Bixio. Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.

Bloom, Solomon F. *The world of nations: A study of the national implications in the work of Karl Marx*. New York: Columbia University Press, 1941.

Caballero, Manuel. *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*. Caracas. Nueva Sociedad, 1987.

Connor, Walker. *The national question in Marxist-Leninist theory and strategy*. Princeton: Princeton University Press, 1984.

Haupt, Georges; Michaël Löwy; y Claudie Weil. *Les marxistes et la question nationale, 1848-1914*. Paris: L'Harmattan, 1997.

Lefebvre, Henri. "Classe et nation depuis le 'Manifeste' (1848)", *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 1965, vol. 38, 31-48.

Marmora, Leopoldo. *El concepto socialista de nación*. Trad. Olga Pissani. México: Pasado y Presente, 1986 (Cuadernos de Pasado y Presente, 96).

Marx, Karl. *El capital*. Trad. Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica, 1971, vol. 1 [1867].

Marx, Karl. *Later political writings*. Ed. Terrell Carver. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Marx, Karl, y Friedrich Engels. *The communist manifesto*. Ed. David McLellan. Oxford: Oxford University Press, 1992.

McLellan, David. "Introduction". En Marx y Engels (1992).

Talmon, J.L. *The myth of the nation and the vision of revolution. The origins of ideological polarisation in the twentieth century*. London: Secker&Warburg, 1981.